

UN MES.

Madrid. 4
Provincia. 5**EL OMNIBUS,**

UN AÑO.

Madrid. 40
Provincia. 30

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA LOS LUNES.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: dos pliegos de las IMPRESIONES DE VIAGE, por Alejandro Dumas.— Uno ídem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo, y un pliego de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott. En el número próximo la continuación de todas estas obras.

EL BUFON,**Ó EL SACRIFICIO DE UN HIJO.**

Crónica del siglo XIII.

I.

DESESPERACION.

Era el año de 1342, aniversario de la toma de Algeciras, arrancada del poder de los moros por Alfonso onceo despues de una larga y vigorosa defensa por parte de los sifades, y mil hechos de valor ejecutados por los castellanos, ó algunos de los muchos estrangeros que auxiliaron al rey en su santa empresa.

Acababan de dar las nueve en la torre de una de las iglesias, y poco á poco iba restableciéndose el silencio, solo interrumpido por los que aspiraban la frescura de la noche, tranquila y pura, como lo son las de verano á orillas del mar. Era la víspera de la Asuncion, y el día siguiente debía ejecutarse una magnífica fiesta para celebrar la toma de la plaza.

En una callejuela sucia y estrecha reinaba el mayor silencio, hallándose cerradas todas las puertas y ventanas, excepto las de una casa, si merece este nombre la grosera union de algunas vigas negras y podridas, mal cubiertas con tablas. En lo interior había una gran chimenea casi destruida, con una Virgen groseramente esculpida; juntos dos bancos cojos y una artesa rorida de gusanos que servia de mesa. En un rincón un miserable lecho cubierto con guñapos, y en él una vieja de arrugado semblante que dormia en aquel momento, aunque á primera vista conocíase que su sueño era el de un enfermo.

Á la cabecera hallábase sentado en un banco un ser, que no podia obtener mejor calificación que la de un monstruo. Figúrase un cráneo sin cabellos, liso y brillante á los rayos de la luna que penetraban por una claraboya; ojos á flor de cara y sin pestañas, dejando descubierto todo lo blanco, cercado de un color sanguinolento; la nariz perdida en las protuberancias de un rostro horriblemente destrozado, y la boca espantosamente contraída. Aquel infeliz era Juan Nadal, que no siempre fué pobre y asqueroso; al contrario, en otro tiempo tuvo ojos azules y cabellos rubios, y conoció las comodidades del bienestar, ya que no de la fortuna; pero solo le habia quedado un alma angelical oculta en el cuerpo de un monstruo.

Una noche se prendió fuego á su casa, propagándose el incendio con tal rapidez, que Juan para salvarse tuvo que saltar por una ventana. Ya en salvo, se acordó el niño, que solo contaba trece años, de que su madre se habia quedado entre las llamas, y con el mayor denuedo penetró por en medio del incendio hasta la habitación de su madre, cogiéndola en brazos. Cuando se

disponia á salir, la escalera ya consumida, vino á tierra, y él cayó en un torbellino de llamas y de cenizas, estrechando contra su corazón su preciosa carga.

Los que acudieron á apagar el incendio salvaron á la madre y al hijo; pero éste salió de las llamas medio consumido, quedando marcado en su rostro su amor filial. Para colmo de infortunio, gracias á la ignorancia de aquellos tiempos, corrió la voz de que el demonio habia caído sobre aquellos infelices; todo el mundo huyó de ellos, y se vieron obligados á dejar su patria, ocultando sus lágrimas y su miseria en la plaza de Algeciras.

Enferma la madre ya hacia tres meses, Juan subvenia á sus necesidades á fuerza de trabajo; pero dos días antes se concluyó este, y Nadal y su madre no tenían un pedazo de pan que llevar á la boca. La enfermedad ganaba terreno, la angustia estaba cerca, y Juan no encontrando recurso alguno pensaba en los medios de salir de estado tan angustioso.

Tal era la impresion que le dominaba, cuando de repente se levantó del banco de madera con un movimiento convulsivo, besó piadosamente la descarnada mano de su madre, alzó los ojos al cielo, hizo la señal de la cruz, y abriendo con mucho ruido la puerta se lanzó á la calle como un desesperado.

II.

EL HIJO.

Corrió al principio acá y allá como uno que quiere atordirse, para llevar á cabo una resolución cruel, y se dirigió por último hácia el mar absorto en sus reflexiones; pero poco á poco la soledad que le rodeaba, el frescor de la noche y la hermosura del cielo fueron calmando su sangre, y revivieron sus ideas. De este modo llegó á la catedral en cuya plaza habia un grupo de ciudadanos que se entretenían en hablar de las fiestas preparadas para el día siguiente.

Juan, para evitar su encuentro, costeaba las paredes de la catedral, cuando el ruido de una carraca le hizo detenerse. Era el pregonero que adelantándose con gravedad hácia el grupo de ciudadanos, leyó en un gran pergamino que tenia en la mano, lo siguiente:

«A los respetables vecinos de Algeciras, salud y bendición.

»Por la presente anuncia el muy honrado señor Pedro Letara, por la gracia divina gran preboste de la iglesia catedral de Algeciras, que mañana, conforme á decreto del muy noble y religioso monarca Alonso llamado el onceo, se celebrará un misterio, siendo su argumento la Asuncion de la bienaventurada Maria; y como el referido señor gran preboste, no se ha provisto todavía del personaje de bufon, ofrece diez piezas de plata al que quiera desempeñar el sudodicho papel en el auto sacramental de la Asuncion.

»Esto dicho: amen.»

Desesperado, medio muerto de hambre oyó Juan las palabras: preboste de la catedral y diez piezas de plata, y echó á andar dirigiéndose á la tranquila morada del señor Pedro Letara, que era la casa mas bella de la plaza, y justamente se hallaba frontera á la puerta de la catedral. La parte inferior, construída por debajo de tierra, era sumamente oscura; pero la otra mitad, adornada con un lindo balcon de enverjados de madera, y sobre la cual la luna vertia sus brillantes rayos, parecia una segunda iglesia elevada enfrente de la catedral. Juan empuñó precipitadamente la cruz de hierro que servia de llama-

tor, y lo dejó caer sobre la puerta. Toda la casa resonó con el golpe, y algunos instantes despues entraba en ella.

El señor Pedro Letara se hallaba en el oratorio, y Verónica, su ama, alzó el tapiz que cubria la puerta, y dijo introduciendo á Juan en el oratorio:

—Señor, os traigo un bufon.

—¡Bendito sea Dios! dijo el preboste acercándose á examinar con una luz la figura de Juan.

Si por casualidad habeis visto á algun hombre registrando una cueva, y retrocediendo espantado al ver un bicho con los ojos fijos en él, formaréis una idea aproximada de lo que sucedió al señor Pedro Letara. Con la cabeza inclinada hácia atrás, miraba asustado á Juan que se mantenía inmóvil como una estatua, y mirando como un estúpido, mientras Verónica hacia ademán de persignarse, pensando que se hallaba en presencia de algun enviado de Satanás.

El sacerdote salió de su admiracion, y despues de hacer algunas preguntas al bufon, le entregó tres monedas adelantadas, despidiéndole hasta el día siguiente. Juan se enjugó las lágrimas que corrían por sus mejillas, compró algunas provisiones, y se dirigió á la barraca, encontrando á su madre despierta y llena de inquietud por no ver á su hijo.

—¡Bendita sea la santísima Virgen! dijo al verle entrar. ¿Qué buena alma ha tenido piedad de nosotros?

—Comed, madre mía, contestó temblando el pobre Juan; bebed un poco de vino añejo que os dará fuerzas.

—¿Pero de dónde has sacado todo esto?

Juan dijo á su madre la verdad, y poco faltó para que la anciana tirase con horror todo cuanto habia llevado su hijo. Luego lo estrechó en sus brazos bañándolo en lágrimas y diciendo:

—¡Virgen santísima! ¿con que has creído que comería el fruto de tu vergüenza?... Hijo mío, querido Juan, no vayas al auto, prométeme no ir á ejecutar ese infame papel que te convertirá en instrumento de amarga pena para tu madre, y objeto de burla para los demas... Se reirán de ti, te insultarán gritando: que feo es, por que no te conocen como tu pobre madre; tu madre, que no quiere que nadie se mofe de ti.

Y estrechando á Juan contra su pecho como si temiese que alguno fuese á arrebatárselo.

III.

EL AUTO SACRAMENTAL.

La ancha nave de la catedral, los costados, las galerías y hasta las cornisas de los pilares, todo estaba ocupado por una multitud tan compacta que no se podia ir hácia trás ó hácia adelante, y era preciso clavarse en un sitio, sufriendo los empujones, cogozos y sacudidas que tanto abundan en tales ocasiones.

En el coro y sobre el altar mayor se habia levantado un teatro, que representaba un trono de nubes con una pequeña tribuna encima. En el solio hallábase sentado un venerable anciano de barba y cabellos blancos, y vestido con una ancha capa azul sembrada de estrellas de oro, cuyo personaje representaba á Dios padre. Sobre su cabeza, á sus pies y en rededor suyo revoloteaban unos cuantos angelitos muy nifanos, que gracias á un mecanismo bastante diestro tocaban música, dando en una campana con martillos de plata.

En el coro y mas abajo del altar habia un lecho mortuorio, en el cual acostaban á la Virgen.

Restablecido el silencio, se dió principio á la misa, durante la cual dos ángeles enviados por

el Padre Eterno, cogieron en brazos á la Santísima Virgen, llevándosela al cielo con la mayor delicadeza.

Era costumbre que desde el Evangelio hasta que se alzaba á Dios, apareciese en la tribuna por debajo de las nubes el malhadado bufon, que alegraba á los concurrentes con su traje chocarrero, sus muecas y su fealdad.

Luego que la Virgen en su dulce Asunción pasó la lámpara dorada del coro, concluyó el Evangelio y se oyeron gritos por todas partes pidiendo que saliera el bufon. Entonces apareció el pobre Juan Nadal con su atalage de bufon, y su vista causó el mayor desorden, prorumpiendo los unos en risas frenéticas, y los otros en groseros insultos, estos en sangrientos apóstrofes, y aquellos en muestras inequívocas de disgusto y horror.

Las mugeres se tapaban la cara para no ver al bufon, ó tal vez para acrecentar el deseo de contemplar un ser tan estrañamente deforme: los niños lloraban, los jóvenes aplaudían con silbidos, y entre tantos no había uno que descubriese las lágrimas que abrasaban el rostro del infeliz.

Por fortuna la campanilla del monago anunciaba iba á alzarse á Dios, el bufon desapareció, y todo se abismó en el más profundo silencio. Pero después de la misa volvieron á empezar los gritos y las vociferaciones, y el bufon tuvo que salir por segunda vez.

¡Desgraciado! ¿cómo te hubieran compadecido á saber los tormentos que sufrías! Tenía delante una especie de hidra con millares de cabezas que se agitaban, millares de ojos que le amenazaban y le insultaban, millares de bocas que se abrían para devorarle.

Y él estaba allí, solo, con los ojos vidriosos, el corazón casi sin pulsación, no teniendo para sostenerse otras armas ni otra defensa que un pensamiento: ¡su madre! su pobre madre por la cual se sacrificaba, y de cuyos brazos se había arrancado violentamente aquella mañana.

Algunos instantes más, y Juan veía llegar la hora de su libertad, cuando un hombre que cabalgaba en una cordera le arrojó una piedra, la cual le dio en la frente: mil brazos se alzaron á la vez para tirarle manzanas, peras, y hasta guijarros, de suerte que en pocos minutos el pobre muchacho se vió lleno de heridas y cubierto de sangre. Juan se agitó al principio de mil maneras para librarse de aquella infame lapidación; pero viendo que sus esfuerzos no servían más que para excitar su rabia, se detuvo pálido y sin aliento paseando sus ojos por toda la concurrencia. ¡Oh! ¡de qué no hubiera sido capaz en aquel momento para vengarse! Agarrado á una columna intentaba como Sanson derribar la Iglesia para aplastar á aquellos filisteos. De repente, viendo que se aumentaban las risas y los insultos á la vista de su angustia, les lanzó una mirada de fuego, y volviendo la espalda se precipitó detrás de la tribuna sobre las losas de mármol del coro.

La Virgen llegaba á la sazón en brazos del Padre Eterno, y un ángel la coronó con aclamación universal: pero cuando las nubes envolvieron la corte celestial, el pueblo salió en tumulto corriendo en pos de otras diversiones.

Conclusion.

Aquella misma tarde el pueblo reunido en la plaza mayor disfrutaba de un banquete de reina-ba la mayor abundancia; pero el bufon que debía presidir aquella fiesta no se hallaba allí, viéndose desocupado el asiento que le destinaban.

La callejuela donde vivía la pobre vieja estaba silenciosa y desierta, y la infortunada madre de Juan, sola en su choza, escuchaba llorando los gritos del pueblo, y esperaba con ansiedad la vuelta de su hijo. De pronto entró un hombre, y luego otro: entre ambos había unas andas, y sobre ellas iba Juan con la cabeza partida. Su madre lo vió, y no dijo una palabra, ni lloró, ni exhaló el menor grito, ni dió siquiera un suspiro. Los hombres creyeron que dormía, y trataron de despertarla; pero estaba muerta.

LA MYOSOTIS.

En 1809 había en el 12.º regimiento de línea, entonces de guarnición en Strasburgo, un sargento llamado Pedro Pitois, á quien sus camaradas habían dado el apodo de *Avale-tout-eru* (1) y natural de aquella parte de Borgoña, medio salvaje y medio civilizada, conocida con el nombre de *Morvian*. Era un valiente en toda la extensión de la palabra, y su bravura proverbial en el regimiento. Siempre el primero á entrar en fuego y el último á retirarse, pasaba por no amar sino dos cosas en el mundo: el olor de la pólvora y el silbido de las balas. Los que le habían visto en el campo de batalla, cuando con los ojos encendidos, el bigote erizado, aventada la nariz, se precipitaba en lo más intrincado de la pelea, acostumbraban decir que la confusión y horrores de una batalla eran el baile de Pedro *Avale-tout-eru*.

Un día, cuando menos se esperaba, le vino á las mentes á nuestro amigo Pedro el dirigir una petición á su coronel, á fin de obtener una licencia para ir á cuidar á su anciana madre que estaba peligrosamente enferma. Añadía que su padre de edad de 78 años y paralítico, lejos de ser de alguna utilidad á su esposa, aumentaba sus cuidados, y finalizaba prometiendo volver al instante que se restableciese su madre.

Hizo responder el coronel á Pedro Pitois que de un momento á otro podía recibir el regimiento la orden de entrar en campaña y que no había que esperar ni licencia ni permiso.

Pedro Pitois no reclamó.

Pasaron quince días, y una nueva carta vino al coronel.

Anunciaba Pedro á su jefe que su madre había muerto con el sentimiento de no haber visto cerca de ella á su hijo; pues hubiera querido como buena y tierna madre, darle su última bendición. Esta vez aun solicitaba Pedro un mes de licencia, y decía no poder dar á conocer el motivo que le movía á pedirlo: era un asunto de familia... Suplicaba con ahínco á su coronel que no le negase esta gracia.

No tuvo mas respuesta la segunda que la primera carta de Pedro. Solamente el capitán del pobre soldado le dijo:

—Pedro, el coronel ha recibido tu misiva. Siente la muerte de tu anciana madre, pero no puede darte el permiso que necesitas, porque mañana deja á Strasburgo el regimiento.

—¡Ah! el regimiento deja á Strasburgo. Y dispense vd., ¿á dónde va?

—Á Austria, vamos á visitar á Viena, bravo Pitois. Vamos á batirnos con los austriacos... te rogocia la noticia, ¿no es verdad?... Allí es donde vas á lucirte ¡camarada!

Pedro Pitois nada respondió: parecía absorto en profundas reflexiones. El capitán le cogió la mano y sacudiéndosela con vigor: ¡Ah! ¿qué es eso?... ¿te has vuelto sordo? Te anuncié que antes de ocho días tendrás la dicha de batirte con los austriacos, ¿y no me das las gracias por la buena noticia? y parece que ni siquiera me oyes.

—Si, por cierto, mi capitán, le he oído á vd. perfectamente, y le doy mil gracias por su noticia; por mí la encuentro excelente.

—Gracias á Dios.

—Con que, mi capitán, ¿no hay medio de obtener este permiso?

—Pero, ¿estás loco? Una licencia... ¡la vispera de entrar en campaña!

—No me acordaba... Estamos en visperas de entrar en campaña... en estos momentos no se dan licencias.

—Si siquiera se piden.

—Es cierto... ni siquiera se piden... Pasaría uno por colarde... Y así la que yo quería ya no la quiero: pasaré sin ella.

—Y harás bien.

Al siguiente día el 12.º de línea entraba en Alemania.

Al siguiente día, Pedro Pitois, alias *Avale-tout-eru*, desertaba.

(1) *Avale-tout-eru*, corresponde en nuestra lengua á *Traga balas y cañones*. (Nota del T.)

Tres meses después mientras que el 12.º de línea, después de haber recogido inmensos laureles en los campos de Wagram, entraba triunfante en Strasburgo, Pedro Pitois era ignominiosamente traído á su cuerpo por un piquete de gendarmería.

Pronto se juntó un consejo de guerra... Pedro Pitois es acusado de haber abandonado sus banderas cuando iba el regimiento á encontrarse con el enemigo.

El consejo presenta un singular espectáculo. Por una parte, había un fiscal que decía: Pedro Pitois, vd., uno de los más valientes soldados del ejército, vd., en cuyo pecho brilla la estrella del honor, vd., que nunca ha merecido ni un castigo ni una reprobación de sus jefes, no ha podido dejar el regimiento, dejarlo así en visperas de una batalla, sin haber sido arrastrado por un motivo poderoso. Este motivo, quiere saberlo el consejo, porque se alegraría de poder, sino perdonaros, no lo puede ni lo debe, pero al menos recomendaros á la benevolencia del emperador. Por otro lado el acusado respondía: He desertado sin causa ni motivo, no me arrepiento de ello. Si hubiera que volver á empezar, lo haría de nuevo. He merecido la muerte: condéname vds. En seguida los testigos decían: Pedro Pitois ha desertado, lo sabemos, pero no lo creemos. Otros: Pedro Pitois está loco: el consejo no puede condenar á un loco. No al patíbulo, al hospital es donde hay que enviarle.

En poco estuvo el que no se adoptase este último partido, pues no había en el consejo quien no considerase la deserción de Pedro Pitois, alias *Avale-tout-eru* como una de esas singularidades, fuera de toda humana posibilidad, que nadie comprende, pero que todos admiten. Sin embargo, el reo se mostró tan sencillo, tan lógico en su perseverancia en reclamar una condena, proclamó su crimen con tan atrevida franqueza, repitiendo sin cesar que no lo sentía, la firmeza de que dió pruebas se asemejaba de tal modo á una bravata, que no hubo medio de recurrir á la clemencia. La pena de muerte fué pronunciada.

Cuando le leyeron la sentencia, no pestañeó. Trataron con ahínco de sugerirle que pidiese su perdón: él rehusó.

Como todos veían que el fondo de este negocio era un misterio particular; se decidió suspender la ejecución de Pedro Pitois.

El reo fué de nuevo conducido á la prisión militar: le anunciaron que, por gracia especial, tenía setenta y dos horas para recurrir al perdón; se encogió de hombros y nada respondió.

Sucedió, pues, que en la noche que precedía á la ejecución, la puerta del calabozo de Pedro giró silenciosamente sobre sus goznes, un sargento de la joven guardia se adelantó hasta el tablado donde dormía el reo, y después de haberle contemplado en silencio algunos instantes, le despertó. Pedro abrió los ojos y mirando en torno suyo: ¡Ah! dijo, ¿es ya la hora... por fin?

—No, Pedro, respondió el sargento, aun no es la hora, pero pronto dará.

—¿Y á qué viene vd?

—Pedro, tú no me conoces, y yo á ti sí. Te he visto en Austerlitz, y allí te condujiste como un valiente. Desde ese día, Pedro, concebí por tí una viva y sincera amistad. Llegado ayer á Strasburgo, supe tu crimen y tu condena. El carcelero de la prisión es pariente mío, y he podido obtener el permiso de venir á decirte: Pedro, muchas veces el que va á morir siente el no tener cerca de sí un amigo, á quien pueda abrir su corazón y confiarle algún santo deber que cumplir... Pedro, si quieres yo seré este amigo...

—Gracias, camarada, respondió Pedro con tono seco.

—¿Nada tienes que decirme?

—Nada.

—¿Qué! ¡ni un adiós para tu novia, para tu hermana?

—¿Una novia?... ¿Una hermana?... Nunca la he tenido.

—¿Para tu padre?

—Ya no le tengo. Hace dos meses que murió en mis brazos.

—¿Para tu madre?

—¿Para mi madre?... dijo Pedro cuya voz se alteró profundamente. ¡para mi madre!... ¡Ah! camarada no pronuncies ese nombre, porque,

mira, ese nombre nunca le he oído, nunca le he pronunciado en mi corazón, sin sentirme conmovido como un niño. Y en esta momento me parece que si hablase de ella...

—Y bien!

—Lloraría. Y llorar no es de un hombre. Llorar, con exaltación, llorar cuando no me quedan sino algunas horas de vida. ¡Ah! ¡sería no tener valor.

—Eres demasiado severo, camarada. Creo tener tanto valor como el primero, y sin embargo lloraría sin avergonzarme hablando de mi madre...

—¿De veras? dijo Pedro tomando con viveza la mano del sargento, eres un hombre, un soldado, ¿y no te avergonzarías de llorar?

—Pensando en mi madre?... No por cierto. ¡Es tan buena, me quiere tanto, y yo también la quiero tanto!...

—¿Ella te quiere? ¿tú la quieres?... ¡Oh! entonces voy a decirte todo; mi corazón está muy lleno, es preciso que desahóse, y por extraños que te parezcan los sentimientos que me animan, estoy seguro que no te burlarás de ellos. Escucha, pues, porque lo que decías hace un momento, es muy cierto, se es muy dichoso cuando se va a morir, si se tiene un corazón a quien confiar sus últimos pensamientos. ¿No es verdad que quieres oírme, que no te burlarás de mí?

—Ya te escucho, Pedro. El hombre que va a morir no puede esaltar más que compasión y simpatía.

—Mas, pues, de saber, que desde que estoy en el mundo no he habido sino una persona a quien haya amado, esta es mi madre. Pero a esta la he amado, como no se ama, con toda la fuerza y vida que tengo. Niño aun, leía en sus ojos, como ella en los míos. Para mi corazón, ella era yo; para el suyo yo era ella. Nunca he tenido ni novia, ni querida, ni aun amigos; mi madre ocupa el lugar de todo. Cuando me llamaron al servicio, cuando me dijeron que había que dejarla, caí en una violenta desesperación y declaré: que aunque empujase la fuerza, no me separarían vivo de mi madre. Con una palabra, ella que era una santa y valerosa mujer, cambió todas mis resoluciones: Pedro, es preciso partir, me dijo, yo lo quiero. Yo me arrojé y le dije: Madre, partiré, Pedro, añadió, has sido buen hijo, y doy gracias al cielo; pero los deberes de hijo no son los solos que un hombre tiene que llenar. Todo ciudadano se debe a su país; él te llama; obedece. Vas a ser soldado; desde este momento tu vida no te pertenece, ya es de tu país; si su interés lo exige, no la economices. Si dispusiera Dios que murieses antes que yo, te lloraría toda mi vida, pero diría: él me lo había dado, él me lo ha quitado; que su santo nombre sea bendito! Vé, pues, y si me amas, haz tu deber. Esto me dijo. Como el deber de soldado es obedecer siempre y en todas partes; en todas partes y siempre he obedecido. También es, marchar adelante, al través del peligro, sin dudar, sin reflexionar. Los que me veían marchar así al encuentro de las balas, decían: ¡Qué valiente es aquel! Con más razón hubieran podido decir: ¡Cómo quiere aquel a su madre!

Supe un día por una carta que estaba mala, ¡pobre señora! Quise ir a verla, y pedí una licencia, no se me concedió. Me acordé de sus últimas palabras: Si me quieres, haz tu deber, y me resigné. Poco después, supe que había muerto... ¡Oh! entonces perdí la cabeza; a todo precio, apesar de todo, quise volver a mi país. ¿De dónde me venía este deseo tan vivo, tan impetuoso de volver a ver el sitio donde había muerto a mi madre? voy a decirte, y puesto que tienes una madre, puesto que la amas, y puesto que ella te ama, tú me comprenderás...

Nosotros, aldeanos del Morvian, somos sencillos y crédulos: no tenemos ni la instrucción, ni la ciencia que se tiene en la ciudades, pero tenemos nuestras creencias, que los de las ciudades llaman nuestras supersticiones. ¿Qué importa la palabra? Supersticiones ó creencias, las tenemos; y bien hábil sería el que nos las arrancase del alma. Una de las creencias, en que más fé tenemos es la que atribuye a la primera flor que nace, sobre la tierra de una sepultura, una virtud tal que el que la coge está seguro de no olvidar jamás el difunto y de no ser nunca olvidado por él. Creencia muy buena y muy hechicera. Con ella, la muerte no tiene nada que intimide, porque la muerte sin el olvido, no es sino un dulce sueño, no es sino el reposo despues de largas fatigas...

Esta flor he querido verla nacer, he querido cogerla. ¡Partí!... Despues de diez dias de una larga y penosa marcha, llegué al sepulcro matinal; la tierra parecía aun movida recientemente: ninguna flor había nacido. Aguardé: seis semanas se pasaron; despues, a los primeros rayos de un hermoso dia, vi abrirse una florecita del más bello azul turquí. Era una de esas flores que en la ciudad llaman *myosotis*, y que nosotros llamamos *no me olvides*.

Al cogerla derramé lágrimas de gozo, porque me parecía, que esta florecilla era el alma de mi madre; me parecía que ella había sentido mi presencia, y que bajo la forma de esta flor, volvía a ofrecerse a mis ojos. Nada me retiene ya en mi país, pues mi padre no tardó en seguir al sepulcro a mi madre; además había cogido mi preciosa flor, ¿qué más necesitaba? Me acordé de los consejos maternos: haz tu deber. Busqué los gendarmes y les dije: Soy un desertor, arrésteme vds. Ahora voy a morir, y si, como me lo has asegurado tengo en ti un amigo; moriré sin sentimiento, pues me harás un favor que de ti espero. Esta flor que he ido a coger sobre una tumba sacrificando mi vida, está en este relicario que ves suspendido en mi pecho. Prométeme que harás que no lo separen de mi cadáver. El es el lazo que me une a mi madre, y si creyese que había de ser roto, moriría sin valor. Di, ¿me prometes hacer lo que te pida?

—Te lo prometo.

—¡Oh! dame tu mano, que la estreche contra mi corazón. ¡Oh, tú tan bueno para conmigo, te quiero; y si Dios por un efecto de su omnipotencia, me diese una segunda vez la vida, quisiera consagrártela. Los dos amigos se separaron. Al siguiente día, cuando estaba el reo en el sitio destinado a la ejecución, cuando ya le habían leído la fatal sentencia, vagos rumores al principio y despues grandes aclamaciones se oyeron en las filas: El emperador, el emperador. ¡Viva el emperador!

Llegó, bajó del caballo; en seguida con movimientos y rápidos pasos se adelantó hacia el reo, Pedro, le dijo, Pedro le miró; parecía querer hablar, pero lo sostenía un estupor invencible.

—Pedro, continuó el emperador, acéntrate de tus palabras de anoche: Dios te da una segunda vida, conságrala no a mí sino a la Francia! ¡Ella también es una buena y digna madre!... Amala como amabas a la otra. Se alejó, y grandes vivas y aclamaciones le saludaron.

Algunos años despues, Pedro, entonces capitán de la vieja guardia, caía mortalmente herido en Waterloo, y tenía aun fuerza suficiente para gritar con voz firme: ¡Viva el emperador! ¡Viva la Francia!... ¡Viva mi madre!

MISCELANEA.

EL PRIMER COMETA. En 4165, dos dias despues de la batalla de Montbery, el conde de Charolais descansaba en Elemps con su ejército. Carlos de Francia, duque de Berry, vino a reunirse con él y entonces hubo en la ciudad grandes festejos en honor de los confederados. En tanto que las calles se hallaban atestadas de habitantes y soldados que se entregaban alegres a toda clase de diversiones, el duque y el conde, de junto la mesa, se habían asomado a una ventana y hablaban los dos con grande afecto, dice Félix de Cominges. De pronto, una cinta de fuego, que parecía tener nacimiento en el tejado de una casa inmediata, atraviesa los aires y viene serpenteando a desvanecerse, dando una explosión, entre los dos príncipes. Apenas se había apagado aquel primer fuego cuando brilló otro, despues un tercero, serpenteando siempre, y siempre causando explosión. Grande fué el rumor que ocasionó: el duque y el conde se miraban asombrados: iban a ser víctimas de alguna traición? ¿son el punto de mira de alguna máquina infer-

nal? Luis XI para perder sus enemigos era hombre capaz de no retroceder ante la infamia de los medios. El conde de Charolais llama a uno de sus oficiales y le manda poner sobre las armas a sus arqueros. El duque de Berry por su parte dió una órden semejante: en un instante se vieron reunidos delante de la puerta de su casa trescientos hombres armados, siendo mayor todavía el número de arqueros. Se cercó la casa de donde habían salido los fuegos y se registraron todos los cuartos: al fin encontraron escondido en un rincón del pajá a un pobre diablo, temblando con todos sus miembros. Fué llevado inmediatamente a la presencia de los dos príncipes.

—¿Eres tú el que has lanzado ese fuego que ha estado a punto de abrasarnos?

—Sí, señor.

—¿Tu nombre?

—Juan Botafuegos.

—¿Quién te ha pagado para atentar contra nuestra vida?

—La idea de atentar contra vuestra vida jamás ha ocurrido a mi imaginación, señor: los fuegos de que habláis son incapaces de haceros ni quemaduras ni heridas: yo únicamente los he inventado y usado para manifestaros, a mi manera, cuanto deseo vuestra prosperidad y larga vida.

—Dame las pruebas de tu sinceridad.

—Aquí las tenéis, señor.

Juan Botafuegos sacó de sus bolsillos una media docena de tubitos de carton llenos de pólvora y los prendió fuego y los lanzó en todas direcciones, sobre los soldados y sobre el pueblo sin causar accidente alguno. Al punto desaparecieron de todos las sospechas; los hombres de armas y los arqueros se entregaron a sus diversiones viendo que sus armas eran inútiles. El conde de Charolais y el duque de Berry habiendo presenciado otros experimentos, tuvieron gran placer en aquella diversion de nueva especie y recompensaron generosamente al ingenioso inventor de los cohetes de maestro *Boute-feu*, que en nuestra lengua quiere decir, *Bota-fuegos*.

ORIGEN DE LOS PUENTES COLGANTES. Los puentes colgantes hace siglos años que estaban en boga. La catástrofe del puente de Angers, en Francia, en la que al pasar un regimiento de infantería se hundió ahogándose la mayor parte de él, la destrucción del puente de la vega de San Bernardo, y algunas otras desgracias han hecho renunciar a este sistema. Nada era más ingenioso ni más elegante. En lugar de construir con grandes gastos un puente sólido ó un puente de báscula, se arrojaba de una orilla ó otra un tablero suspendido en las aires por alambres reunidos formando cable, y bajo los cuales pasaban algunas veces navios de alto bordo.

Los ingenieros europeos no pueden gloriarse del descubrimiento de estos puentes colgantes. Existen en el Himalaya desde la antigüedad mas remota, y desde allí los ingleses los han trasportado a Europa. En los puentes del Himalaya el alambre está reemplazado por cuerdas formadas con una yerba larga y áspera que crece en las montañas. El tablero no era mas que una escala suspendida de cuerdas, y que el viento hacía oscilar como un columpio. Algunas veces el puente está reemplazado por un aparato todavía mas sencillo: dos construcciones de tierra ó de madera levantadas sobre las dos orillas sostienen un largo madero que las une a una a la otra, y sobre el cual se desliza una cuerda que se halla suspendida, colgando de ella una especie de cesto: el viajero que entra en este cesto, le imprime un movimiento que le lleva sobre la otra orilla.

SILLAS Y ESTRIBOS. Montar a caballo sin estribos y mantenerse firme sin silla nos parece una cosa imposible, ó difícil cuando menos. Sin embargo, los griegos y los romanos hacían lo uno y lo otro. Los romanos llevaban solamente una manivela que cubrían el caballo, que llamaban *ephiphium*, y esta invención atribuye Plinio a Palestrino. La primera vez que se ha tratado de sillas en la historia es el año 340 despues de Jesucristo con motivo de un combate de Constancio contra Constantino II. Es probable que las sillas procedan de la Arabia. Muy poco despues fueron objeto de Injo: los arzones fueron adornados con

una riqueza tan increíble, que Teodosio dió un decreto para impedir pudiesen en ellos tanto oro como plata.

Por esta época se inventaron los estribos: las sillas, estando afirmadas por madera pudieron sostenerlos; pero estos estribos fueron tan cortos, que era necesario recurrir á un poyo ó altura para subir sobre el caballo; así se admiraba mucho en la edad media el caballero que podía saltar sobre el caballo sin el socorro del poyo; y en efecto, era cosa admirable si se reflexiona y atiende las pesadas armas con que se hallaban cargados.

Durante todo el tiempo de la edad media se desplegó un gran lujo en los estribos y en las sillas. Los estribos eran muy voluminosos y ricamente esculpidos: las sillas ó más bien sus arzones, recibieron adornos de toda clase; figuras pintadas ó cinceladas, y si un caballero no podía llevar ninguna señal distintiva sobre su coraza, en la silla ponía todo su lujo y gusto. Las mugeres se sirvieron largo tiempo de sillas como las de los hombres: únicamente en el siglo XIV Ana de Luxemburgo, esposa de Ricardo II, introdujo en Inglaterra el uso de las sillas atravesadas con una tabla para apoyar los pies. Catalina de Médicis verificó en la equitación una revolución no menos importante teniendo la graciosa idea de adelantar su pierna sobre el arzon de la silla, á fin de mirar, como los caballeros, á donde va el caballo y los obstáculos que pueden detenerle.

LAS BARAJAS. Se cree con bastante generalidad que las cartas ó barajas han sido inventadas para distraer al rey de Francia Carlos VI cuando se volvió loco; pero muchos serios historiadores combaten esta opinión y creen que las cartas fueron traídas por los griegos á Venecia después de la toma de Constantinopla por Mahomet II, y de Venecia á Francia. Sea de esto lo que quiera, estas cartas no eran lo que son hoy. Dibujadas y pintadas á mano tenían una longitud de siete á ocho pulgadas y representaban las musas, las virtudes y los planetas. Eran en número de cincuenta y se dividían en cinco series ó colores que hoy llamamos *palos*. Si las cartas fueron introducidas en París en 1392, poco tiempo después de que Carlos VI experimentó el primer ataque de su mal, fueron bien pronto comunes, porque en 1397 una ordenanza del preboste de París prohíbe el uso de las cartas en las tabernas. En 1425 ó en 1430, en el reinado de Carlos VII, las cartas fueron lo que son hoy. Se compusieron á imagen de un juego más terrible: la guerra. Esta imitación es la que se ha adoptado en España, dividiéndolas en cuatro series ó palos que son *espadas, bastos, oros* y *copas*. Las espadas representan el valor, los bastos las armas menos nobles, las copas las provisiones, los viveres y los oros el dinero, cosas necesarias todas para la guerra. Así es que tomó el nombre de *as* el punto primero, nombre de una moneda romana. La fabricación de las cartas ha estado por mucho tiempo estancada en España bajo el nombre de *bolta* y *naipes*; pero últimamente las cortes la han declarado enteramente libre.

EL JUEGO DE AJEDREZ. Volúmenes enteros se han escrito sobre el ajedrez. Recomendábos sabios han disputado largo tiempo y han disertado sobre él, y naturalmente ha nacido la confusión de toda esta discusión. Según los unos, la invención de este juego se remonta á 4200 años antes de la venida de Jesucristo: Palamedes, discípulo de Chiron, fué el creador de él durante la guerra de Troya; según otros, la gloria de este descubrimiento debe atribuirse á Sisa, ilustre brahmina, poderoso favorito de un gran rey de la India, cuyo nombre se ignora: desgracia irreparable y bien digna de fijar la atención de

un nuevo sabio. Vénganos de la Grecia ó del Oriente el juego del ajedrez, lo que es bastante difícil de averiguar, es lo cierto que tiene la más alta antigüedad, y para no ir mas lejos de la edad media, Joinville cuenta en la vida de San Luis, que el hajá de la Montaña, príncipe de los beduinos, envió á San Luis, entre otros presentes, el juego de ajedrez de porcelana montado en oro. El tablero era tan precioso por su rareza como por su origen, que existe todavía, dicen, y puede verse en el museo de Cluni. El tablero tiene cerca de media vara; está rodeado de una guarnición que encierra las figuras de maderas de cedro esculpido, caballeros, peones, simulando torneos. Sobre los cuadros hay incrustadas flores de plata doradas, cuyos reflejos se combinan con el cristal. La parte superior del tablero y su galería son magníficos. El ajedrez estuvo en gran honra y boga el siglo pasado siendo el juego de los reyes. Don Juan de Austria, hijo natural, como saben nuestros lectores, del gran emperador Carlos V, hermano de Felipe II y gran vencedor de Lepanto, tenía por tablero para el ajedrez una habitación entera: el pavimento era el mármol negro y blanco y representaba los cuadros, y en lugar de figuras se valió de hombres vestidos según el papel que representaban, y les hacía mover según las reglas del juego.

Luis XIII tuvo un tablero al menos tan singular: era un almohadon cubierto de lienzo figurado los cuadros. Los peones y figuras de que se servía terminaban en unas puntas agudas que clavaba sobre los cuadros. Este ingenioso

Chesterfield, el ministro:—Dadme una silla.
Haydn:—Dios conserve al emperador.
Haller, el célebre fisiólogo:—La vena no dá ya pulsaciones.

Goethe:—Luz, mas luz.
Isabel, reina de Inglaterra:—Todos mis tesoros por un solo minuto.

Beaufort el cardenal:—¿Cómo es posible no haya remedio contra la muerte?

Tasso:—En las manos, ¡oh Señor!
Ana Bolena midiendo con los propios dedos su cuello:—Pequeño, muy pequeño es.

Tomás Moro subiendo al patíbulo:—Os suplico me ayudeis á subir al suplicio, pues para descender no habré menester de vuestro auxilio.

Walter Scott:—Me siento como nuevamente vivificado.

Jefferson:—Encomiendo mi alma á Dios y mi hija á la patria.

Washington:—Bien va.

J. G. Adams, vice-presidente de los Estados Unidos:—Ultimo negocio que hacemos en el mundo.

Harrison:—Deseo que comprendais por fin los verdaderos principios de un buen gobierno, y hagais partícipes de ellos á los hombres, otra cosa no pido.

Taylor:—Procuraré cumplir con mi deber.

Federico V de Dinamarca:—Ni una sola gota de sangre mancha mis manos.

Nicolás, emperador de Rusia:—No he dejado de dirigir siempre fervorosos votos al cielo por la Rusia, y continuaré rogando por todos vosotros allá arriba.



Principales figuras de las cartas de Carlos VI.

mecanismo había sido inventado para poder jugar hasta en el coche y durante los viajes, y para que los viajeros no pudiesen derribar las piezas. Las figuras y peones han sido celebradas en versos muchas veces. Vida ha hecho en su honor un poema latino muy celebrado: Ceniti ha hecho otro tambien en su honor.

POSTRERAS PALABRAS DE MORIBUNDOS. Espirando el gran capitán del siglo, Napoleon, exclamó:—¡General!

Biron:—Vamos á dormir.
Nelson:—Un beso.
Neron:—¿Y así me guardais la fidelidad?
Alfieri:—Querido mío, apriétame bien la mano, yo muero.

El feld-mariscal príncipe Paskewitsch-Eriwanski:—Mi vida la he consagrado siempre á el emperador.

Mozart:—No me hables ¡Emilia mía, de consuelo! toma mi última composición, siéntate al piano, y toca el himno de la Madre de Dios, para que vuelva á oír estos tonos que tantas veces me han llenado de gozo y de unción.

Mirabeau:—¡Que yo no pudiera morir oyendo cánticos celestiales!